

Territorio muisca



*Andrea Paola Calderón Rojas**

andrecalderon155@yahoo.com

Como si estuvieran cabalgando en un caballo y no en el bus azul que se transportan, se estacionan en el paradero de San Bernardino, en la localidad de Bosa, al suroccidente de Bogotá. Es un lugar desconocido, que se abre paso por entre las calles —o más bien caminos— adonde no llegan los buses. Los fuereños llegan a esta vereda recordando el arribo a las tierras americanas de los conquistadores españoles, que venían con el fin de reconocer el terreno y colonizarlo.

Los fuereños de hoy van en busca de un pasado que desconocen. La urbe bogotana parece que cambiara en este lugar, como si una pared invisible dividiera y trasformara el paisaje al encuentro de la vereda de San Bernardino.

Como un “cercado que guarda los mieses” se encuentra Bosa, territorio redescubierto en 1538 por tres conquistadores, hombres cubiertos de armaduras que protegían sus cuerpos de los contrincantes, los cuales estaban en desventaja ya que sus armaduras eran sus propias pieles y sus armas la resistencia y la valentía. Pareciera que estos tres hombres hubieran acordado una cita: cada uno venía de diferentes expediciones. Gonzalo Jiménez de Quesada llegó de Venezuela, Sebastián de Belalcázar del Perú y Nicolás de Federmán de Santa Marta, tras haber colonizado la comunidad Tayrona. Jiménez de Quesada ubicó en este territorio un cuartel general con más de ochocientos hombres, los otros dos conquistadores continuaron en la búsqueda de El Dorado, leyenda indígena de tradición y riqueza.

Aunque la costumbre de los españoles era volver a nombrar los territorios, casualmente Bosa conservó su nombre indígena, tal vez porque fue allí donde estuvieron los resguardos

▷▷ * Estudiante de Educación de la universidad Pedagógica.
Taller de El Tunal.

indígenas que ofrecieron esclavos a los opresores. Estos resguardos se disolvieron en 1870. Bosa no sólo significa en la escritura chibcha “dos”, y “martes”; simboliza, según José Joaquín Ortegón, un “cercado que guarda los mieses” (o sea, los sembrados).

Los aborígenes eran gobernados por Techotiva, cacique principal de esta comunidad. Según la Alcaldía de la localidad séptima, Bosa era considerado el segundo poblado chibcha después de Bacatá.

♦ Cuando el Tunjuelito era cristalino

Al encuentro con la vereda de San Bernardino, se transforma el paisaje dentro de la ciudad: sus caminos destapados, potreros y pequeñas fincas dan paso al territorio muisca, en donde sobresale la vida campesina con los cultivos de maíz, hortalizas y el cuidado de animales, como las vacas que pastorean tranquilamente. Las casas son de apariencia rural, algunas prefabricadas y con terreno donde cultivar. El río que pasa cerca da cuenta de lo fructífero que debió ser este lugar para los ancestros. Siendo los muisca pueblo agricultor, el agua era sagrada, a este líquido tan valioso se le brindaba culto por permitir la abundancia, la fertilidad, junto con el Dios Luna que daba a conocer en qué tiempo, en cuántas lunas se debía sembrar el maíz o “abtyba”, como nombraba este pueblo el alimento que dio el padre Bochica, quien con su vara de oro enterró los granos de oro convirtiéndolos en maíz.

Ese río que debió ser cristalino es el Tunjuelito, que desemboca en el río Bogotá. Desagüe natural que se conserva, pero ahora como conductor de desechos, de opacas aguas residuales donde la luz de la luna no puede entrar. El olor transforma el paisaje junto con un aviso que anuncia el peligro al acercarse al río; es como si se pudiera contrastar el paso de la civilización que cambió la imagen de Bacatá y de Bosa.

Desde esta cumbre en donde se observa el río se puede imaginar como debió ser este territorio en épocas pasadas, cuando el color verde en todas sus tonalidades hacía juego con el cristalino del agua y el azul de cielo, cuando el sol o “Xué” bendecían los cultivos de este suelo fértil. Estos terrenos eran el hogar de un sinfín de especies, aves, venados, conejos, que recreaban el paisaje.

Pero también desde esta cumbre se pueden imaginar los bohíos que protegían del frío, cubiertos de paja, con piso de barro y pintados de colores que brindaba la misma naturaleza. Todas las macrofamilias tenían tierra donde sembrar. Actualmente no se encuentran indicios de su arquitectura debido a la destrucción ejecutada por los blancos. Las casas de ahora son de arquitectura campesina con su patio, lavadero afuera, espacio para colgar la ropa; no están tan protegidas como las de la urbe: la cerca o alambre de púas sirve de sistema de seguridad, y dentro de estos límites se encuentra la parcela para sembrar.

Al pasar la desembocadura del Tunjuelito, que se convierte en río Bogotá, se encuentra una tienda de cerveza en donde los trabajadores del campo se dan cita para tomar la bebida de los dioses, "la chicha". En una de las paredes de ladrillo se observa un aviso funerario que informa de la conmemoración de un año de muerto de un descendiente de los muiscas, con dos apellidos reales y no el de la corona española que colonizó estas tierras: José Lino Tunjo Chiguasuque.

Los apellidos Tunjo, Chiguasuque, Chía, Quinchanegua son hoy son la prueba de supervivencia de esa cultura indígena. Los nombres de los descendientes muiscas no son sólo vistos como la palabra que designa o identifica a alguien, sino que dan cuenta de los procesos culturales que se han llevado a través del tiempo. Los nombres de Jesús y María unidos a un apellido muisca, transportan como una máquina del tiempo a la época de la evangelización cuando el pueblo adoptó el culto religioso impuesto por sus colonizadores. La iglesia de San Bernardino da fe de ello. El dios sol y la diosa luna se escondieron en el horizonte.

♦ Bajo los oscuros ojos de los fuereños

Después de haber recorrido algunos de los caminos de San Bernardino deteniéndonos en todo lo nuevo, bajo los ojos oscuros de los fuereños que buscaban el pasado en el presente, se encuentra en una de las pequeñas fincas una descendiente de apellido Neuta. Sandra, una mujer joven, morena con ojos café oscuros, no muy alta, nariz chata, manos pequeñas y de apariencia fuerte. Cuenta que su apellido le pertenece a los muiscas: "*Yo soy Neuta*", y recuerda las costumbres de su comunidad que se reúne en el cabildo. "*Mi mamá va y baila, antes se reunían en el salón comunal, pero lo tumbaron, en este potrero hacen lo del festival de la luna y el sol*", dice señalando con su dedo el potrero del lado, que colinda con el colegio San Bernardino, el cual tiene un enfoque intercultural en pro de la recuperación de la memoria. En el Festival del sol y la luna se realiza un homenaje a sus ídolos: al Xué, que significa el sol y Huán, luna, se dan comidas típicas, chicha y se realizan diferentes eventos.

Según Sandra, antes el territorio "*era como fincas grandes*", en donde los dueños eran muiscas, poco a poco han ido loteando y han comprado los fuereños y personas de fuera. El territorio fue la causa de la colonización junto con sus tesoros, la pérdida del territorio significó en cierta medida el desvanecimiento de su cultura.

La familia de Sandra vive en una pequeña casa prefabricada, al lado siembra hortalizas. La mayoría de casas habitadas por los descendientes muiscas en la vereda, hacen parte del terreno que se ha salvado de ser consumido por la inclemente urbanización. Esta planicie de tierras fértiles en donde el dorado brota de la tierra transformándose en el maíz, hace saber que el cultivo de la tierra es la forma de resistencia que les queda a los muiscas.

Sandra señala una casa en donde hay otro muisca. Él no está muy dispuesto a hablar sobre su cultura, pero aún así su apariencia refleja la transformación de su comunidad: los trajes, costumbres y estilos de vida cambiaron con la entrada del hombre blanco. En Bosa funcionaba en épocas de la colonización un resguardo en donde eran ubicados los indígenas elegidos por los blancos. En estos limitados territorios dispuestos por los conquistadores podían continuar con sus vidas, lejos de la esclavitud.

Después de recorrer la vereda sin lograr encontrar otro muisca, llegamos a un puesto de arepas rellenas de queso. Una pequeña parrilla roja hace las veces de tienda, mostrador y vitrina, en donde los caminantes pueden disfrutar de una arepa caliente. Allí, detrás de la parrilla roja, un rostro da a entender que puede ser muisca, pero luego sabemos que la señora es de Ibagué. Angélica Guillén, morena, robusta, de ojos oscuros, atiende a su clientela muy amablemente. Cuenta que llegó a la vereda hace doce años, cuando estaban instalando el alcantarillado. *“Me vendió este lote una familia muisca, ya los papás murieron y quedan los hijos que han venido vendiendo todo”*. Al preguntar si conoce algo respecto a los muisca responde que *“ellos se reúnen en el salón, van a bailar cantan se visten con sus delantales y sus trencitas...”*

Tiempos atrás, cuando la cultura muisca florecía, los fuereños no eran aceptados, ya que la entrada del hombre blanco no fue tan pacífica y acabó con muchos integrantes de la gran familia chibcha. Ahora llegan, ya sea a comprar sus territorios o por desplazamiento. Lo curioso es que ellos son quienes narran la historia de los muisca; la tradición oral cobra fuerza en los fuereños.

Los fuereños y lectores de esta crónica, después de haber realizado varios viajes en su caballo azul que los llevaba al paradero de San Bernardino, ya no regresan igual a como llegaron, son distintos. Algo nuevo, pero a la vez tan antiguo como todo lo que conocemos los ha cambiado; reconocen que sus lazos con el mundo no sólo se limitan a un grupo familiar: este hilo que se teje a diario y desde hace mucho tiempo, recuerda de dónde vinimos, quiénes somos y qué nos hace diferentes a los demás.

Los fuereños llegan a los lugares que habitan en el caballo que unos metros más adelante de la vereda cambia su apariencia y se transforma en un vehículo de cuatro ruedas; su lomo son cómodas sillas, su relinchar un motor. En este bus azul el espacio y el tiempo se han detenido por un momento.